



Queridas hermanas,

Estamos, todavía, en el tiempo pascual que marca nuestra vida dándole sentido a todo lo que hacemos. *Si Jesucristo no resucitó, vana es nuestra fe*, dice San Pablo (1 Co 15, 14). Es un tiempo de alegría y fiesta que nos invita, cada año, a celebrar con gozo, la fe en el Resucitado, presente para siempre en nuestra historia humana.

Me viene a la memoria la Pascua que celebramos hace dos años, cuando el mundo entero estaba confinado, las calles desiertas y los centros de salud colapsados. Vivimos la pascua en pandemia con lo que ésta significó de miedo, dolor y muerte, durante muchos meses. Habíamos acompañado al Papa Francisco rezando solo en la plaza San Pedro en un gesto sugerente de unidad y comunión, que animaba al mundo entero en un momento tan difícil como desconcertante de su historia. Y había esperanza. Circularon versos llenos de futuro, palabras que hablaban de tiempos nuevos y mejores, y reconocimos, y saludamos, el heroísmo del personal médico, de los trabajadores “esenciales”, y de tantos que auxiliaban a los más débiles. ¿Quién no tiene alguna historia que contar? Sobre la enfermera atenta que no permitió que a sus pacientes les faltara una mano amiga cuando dejaban este mundo, o el joven amable que hacía las compras de su vecina anciana... En un momento de tanta confusión, la solidaridad de muchos, nos daba esperanza, confianza en el futuro.

Dos años más tarde, estamos viviendo la Pascua con los ecos de una guerra en Europa. Guerra que, a diferencia de los otros conflictos bélicos que hay en el planeta, tiene consigo la amenaza permanente de una tercera guerra mundial. Y que, sin escalar tanto, ya tiene consecuencias económicas para el mundo entero, y las seguirá teniendo quizá por cuánto tiempo. Se rompió la confianza en que la humanidad había aprendido el valor de la paz, y las noticias de bombardeos,

víctimas, refugiados y destrucción, que los medios de comunicación nos repiten más de lo que quisiéramos, nos tienen intranquilos, con incertidumbre, inseguridad, tristeza, ... ¡Duro este tiempo, sin duda!

Pero cada tiempo tiene sus propios héroes anónimos... También ahora, en medio del dolor, estamos conociendo la solidaridad de quienes acogen refugiados, o distribuyen alimentos y ayudan en la huida a familias, mujeres y niños. Personas que se dejan afectar por el sufrimiento humano y son capaces de gestos generosos, incluso con riesgo de sus vidas.

Como si lo hubiéramos estado necesitando, en el INFO de este mes les ofrecemos reflexiones y experiencias sobre lo que se llama hoy "Voluntariado", expresión actual de la solidaridad, que se multiplica con fuerza en estos años. Es la misma acción social, servicio desinteresado, ayuda a los más postergados, que ha existido siempre en contextos muy diversos, pero, tal vez, más institucionalizada, con más estructura, mejor organización, y más difundida.

Responde a los anhelos de cambio que tienen muchos y al convencimiento de poder aportar con sus acciones a la transformación de la vida de personas concretas. Acciones que no tienen remuneración, ni credo, ni color político; que se realizan simplemente por amor a la humanidad.

Es sabida la frase que San Pablo pone en boca de Jesús: "Mayor felicidad hay en dar que en recibir" (Hch 20,35). Los voluntarios que conoceremos en las páginas siguientes, lo testimonian con creces, y nos ayudan a comprobar, una vez más, esas *Semillas del Verbo*, que están esparcidas por todo el mundo.

Les abraza con cariño